
CRECER CON CUENTOS
El gusano de la discordia

Derek y Michelle Brookes

Ilustraciones: Max Belmont y Ana Fields
Traducción: Cristina Zabala de Poveda, José Florencio Domínguez, Felipe Howard Mathews y Gabriel García Valdivieso



ISBN 3-905332-73-6
© 1999, Aurora Production AG, Suiza.
Derechos reservados. Impreso en Tailandia.



En un parque muy poblado de árboles se erguía un roble alto y frondoso. Tenía el tronco fuerte y las ramas gruesas y extensas. En una de las más bajas había un nido nuevo. Dos petirrojos habían escogido aquel sitio para formar su hogar. La mamá puso cuatro hermosos huevecitos azules. Día y noche los cubría con su cuerpo para mantenerlos calentitos. El papá trabajaba duro buscando alimento para la mamá mientras ella cuidaba los huevecitos.

Un día, los cuatro cascarones se rompieron, y salieron cuatro pajarillos. Al principio no tenían pinta de petirrojos; pero al poco tiempo les crecieron plumas sedosas y todos abrieron los ojos para mirar el ancho y fascinante mundo que los rodeaba.

Papá y mamá les pusieron nombres. A los dos machitos los llamaron Picotón y Colorao, y a las dos hembritas, Guinda y Chispita.



Colorao no era todavía muy rojo, pues a las crías de petirrojo no se les pone el pecho colorido hasta que se hacen mayores. ¿Por qué se llamaba Colorao entonces? Es que apenas salió del cascarón se puso a piar con muchas ganas por el hambre que tenía. La mamá dijo:

—¡Este chiquillo está tan impaciente por comer que se ha puesto rojo de tanto piar!

—Pues llamémoslo Colorao —respondió el papá—. Cuando crezca de todos modos va a ser rojo.





Los padres, orgullosos, se reían del nombre. Enseguida una hembrita salió del cascarón. —Llamémosla Guinda, porque también será roja. Luego salió Chispita, que recibió ese nombre porque era muy activa y parlanchina. El último en salir tenía un pico muy largo, y como le encantaba comer le pusieron Picotón.

CHISPITA

PICOTÓN

Casi lo primero que tuvieron que aprender aquellos pajaritos fueron buenos modales. Con frecuencia se peleaban por la mejor comida o el mayor bocado. Nunca daban las gracias a papá y mamá, que bregaban mucho para encontrarles alimento. Por más que sus padres les hablaban y procuraban enseñarles a llevarse bien, los pequeños eran cada vez más revoltosos. Discutían, se fastidiaban y se empujaban. Hasta que un día pasó algo que cambió las cosas.



Papá y mamá se aprestaban a levantar vuelo para salir a buscar comida. Aquella mañana todos tenían más hambre que de costumbre.



—Papá, ¿me traes una lombriz bien gorda y jugosa? —rogó Picotón.

—Lo intentaré —dijo el papá—. Pero no siempre es fácil encontrar lombrices. La tierra está dura y seca, y las lombrices se esconden muy hondo.

—A mí no me gusta comer lombrices —refunfuñó Chispita—. Son muy largas y resbaladizas. Papá, ¿por qué no nos traes mejor insectos?

—¡Ni hablar! —interrumpió Guinda—. La mayoría de los insectos saben atroz. Prefiero unas bayas bien tiernas.

—Chicos, cuidado con sus modales —recordó la mamá a los hambrientos pajarillos—. Cuando pidan algo, tienen que ser amables y bien educados. Digan: «Papá o mamá, por favor, ¿pueden traerme una rica lombriz?» Cuando haya algo de comer que no les guste, esfuércense por comerlo con gratitud. Tengan en cuenta que Dios lo ha provisto y nos ayudó a papá y a mí a encontrarlo para ustedes.



Los polluelos escucharon un momento, pero pronto olvidaron lo que les acababa de decir su mamá.

—¿Sabes lo que me gustaría en realidad? —dijo Colorao con tono exigente—. ¡Unas semillas crocantes!

—Papá —dijo Picotón—, tráenos a cada uno lo que nos gusta. Así estaremos todos contentos.

—Sí, ¡consíguenos lo que nos gusta! —piaron a coro los demás—. Eso nos hará felices.



—¿Ahora qué hacemos? —preguntó la mamá al papá en voz baja.

—Habrá que darle a cada uno lo que le gusta. Nos va a costar mucho más esfuerzo; pero si así van a quedarse satisfechos, puede que valga la pena. Salgamos a ver qué encontramos —dijo el papá al final.



La mamá prefería quedarse cerca del nido buscando alimento. De esa forma podía vigilar a sus pequeñuelos. Lo malo era que cada vez se hacía más difícil hallar comida cerca. El papá normalmente sí se aventuraba bastante lejos para procurarles el alimento. Pero la mamá entendió que ese día ambos tendrían que alejarse mucho si querían satisfacer los caprichos de sus crías.

—Papá y yo tendremos que emprender un largo vuelo para encontrar lo que quieren comer hoy. Tengan paciencia y pórtense bien unos con otros mientras no estamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —trinaron todos los petirrojos.

Así el papá y la mamá se fueron volando hasta el más apartado rincón del parque. El papá fue el primero en avistar una lombriz de tierra grandota que asomaba la cabeza por entre la hierba.

Bajó volando a gran velocidad y agarró a la lombriz con el pico.





Era larga y robusta y todavía tenía parte del cuerpo metida en la tierra. Se resistió con todas sus fuerzas. El papá tiró y jaló, pero la lombriz era tan fuerte que se le escabullía. La mamá vio la lucha y fue también a ayudar con el pico. Entre los dos tiraron y tiraron hasta que lograron arrancarla de la tierra. Felices regresaron volando al nido con su grandísima presa.

—¡Miren! ¡Papá encontró mi lombriz! —trinó Picotón—. ¡Seré el primero en desayunar!

Y abrió mucho el pico para que su papá le metiera dentro toda la lombriz.

—Picotón —le dijo la mamá—, esta lombriz alcanza para todos ustedes. Papá y yo seguiremos buscando; pero tardaremos un buen rato en llegar otra vez hasta el extremo del parque y regresar. Por eso, chiquitines, repártanse la lombriz y entreténganse con ella hasta que volvamos.

Colorao y Guinda se alegraron de que Picotón fuera a compartir con ellos su lombriz; y Chispita, que había dicho que no le gustaban las lombrices, tenía tanta hambre que la idea ya no le parecía tan mala.





Los papás salieron volando otra vez para proseguir su búsqueda del desayuno. Las crías decidirían cómo se repartirían la presa. Pero como te puedes imaginar, Picotón resolvió comérsela toda él.

—Lo siento, chicos, ¡pero esta lombriz es mía! Todos ustedes pidieron otra cosa de desayuno. Tendrán que esperar su turno. A Chispita ni le gustan las lombrices.

—Oye, ¿y si no encuentran semillas crocantes por ningún lado? —dijo Colorao manifestando en voz alta su preocupación—. No tendré nada que comer en todo el día. ¡Ahora mismo ya estoy muerto de hambre!

—Yo también —dijo Guinda—. Por favor, Picotón, ¡déjanos un poquito de lombriz!

—¡No, no! ¡Ni hablar! ¡Es mi lombriz, y me la voy a tragar toda solito!



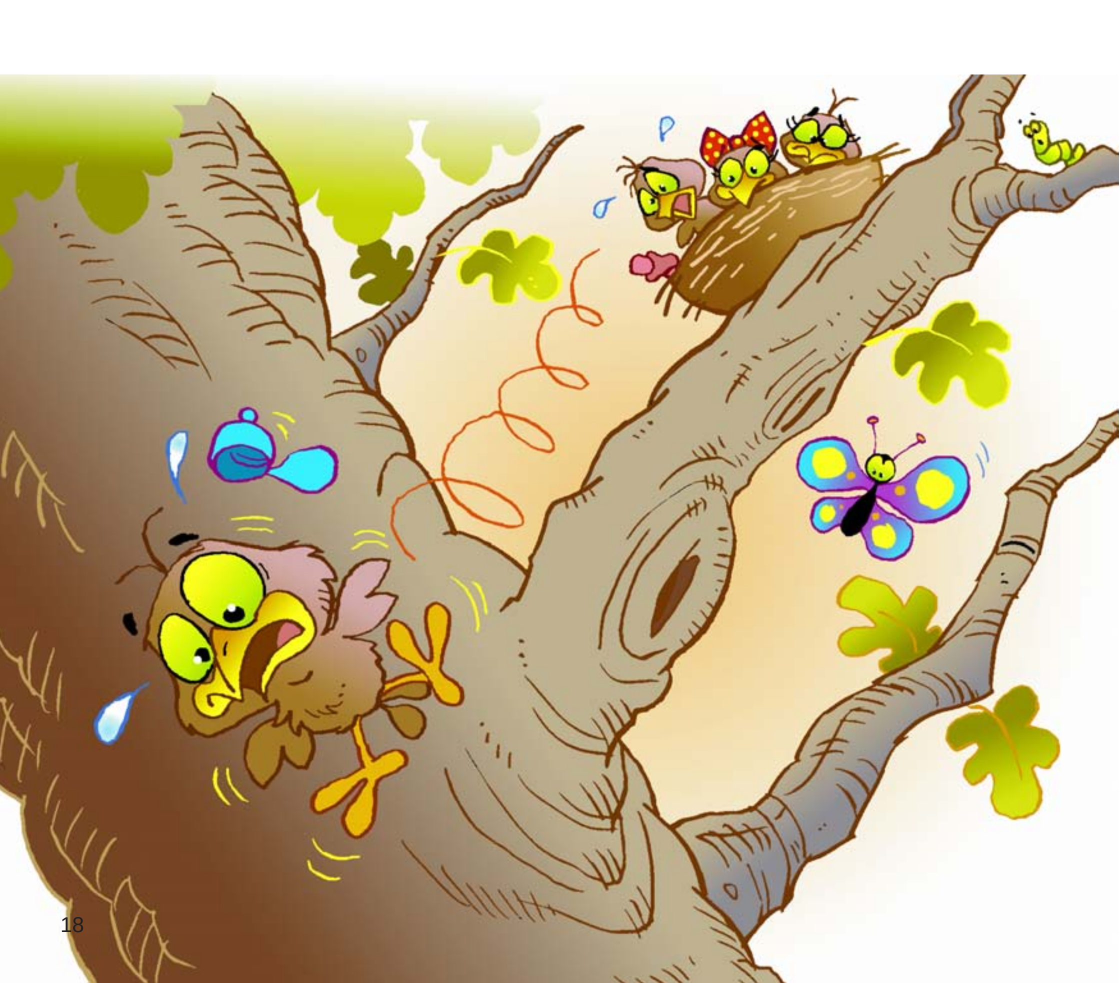
Picotón se aferró entonces a un extremo de la lombriz, y Chispita, Guinda y Colorao agarraron la otra punta. Todos comenzaron a tirar. Picotón era grande, pero no podía con sus tres hermanos, que daban tirones para el otro lado. Entonces decidió encaramarse en el borde del nido para poder hacer más fuerza.



Soltando la lombriz, Guinda abrió el pico:

—¡Picotón, por favor, baja de ahí! ¡Es peligroso, te vas a caer!

Picotón no quería responder. Si abría el pico, soltaría la lombriz. Total que siguió dando tirones. Tenía las patitas en el borde del nido, y lo único que lo sostenía era la lombriz. Como vio que Guinda la había soltado, aprovechó para tirar con todas sus fuerzas. Colorao y Chispita perdieron el equilibrio y cayeron de bruces. ¡Entonces Picotón se desplomó hacia atrás! El miedo le hizo abrir el pico, perdió la lombriz y empezó a caer. Batió las alitas, pero no sirvió de mucho, pues todavía no le habían salido todas las plumas. Además, no sabía volar. La caída le pareció interminable. Fue a parar sobre un colchón de hierba. ¡Plop!



—¡Retórtolas! —chilló Colorao—. Miren, Picotón ha caído al suelo. ¿Se habrá lastimado?

—No creo —dijo Guinda—. ¿Ven? Se ha levantado y está dando brincos. Pero todavía no sabe volar, y como es muy grande, papá y mamá no lo podrán alzar. ¿Qué hará para volver al nido?

Los pajaritos recorrieron el bosque con la mirada buscando algo o alguien que lo pudiera ayudar; pero no avistaron nada.



—¡Ay! —exclamó Guinda—. ¡Miren allá, entre la hierba! ¡Se acerca ese gato malo que papá, mamá y todos sus amigos siempre andan ahuyentando!

—El pobre Picotón todavía no lo ha visto, ¡pero ese gato bribón lo va a descubrir enseguida! ¡Tenemos que hacer algo! —dijo Colorao con determinación.



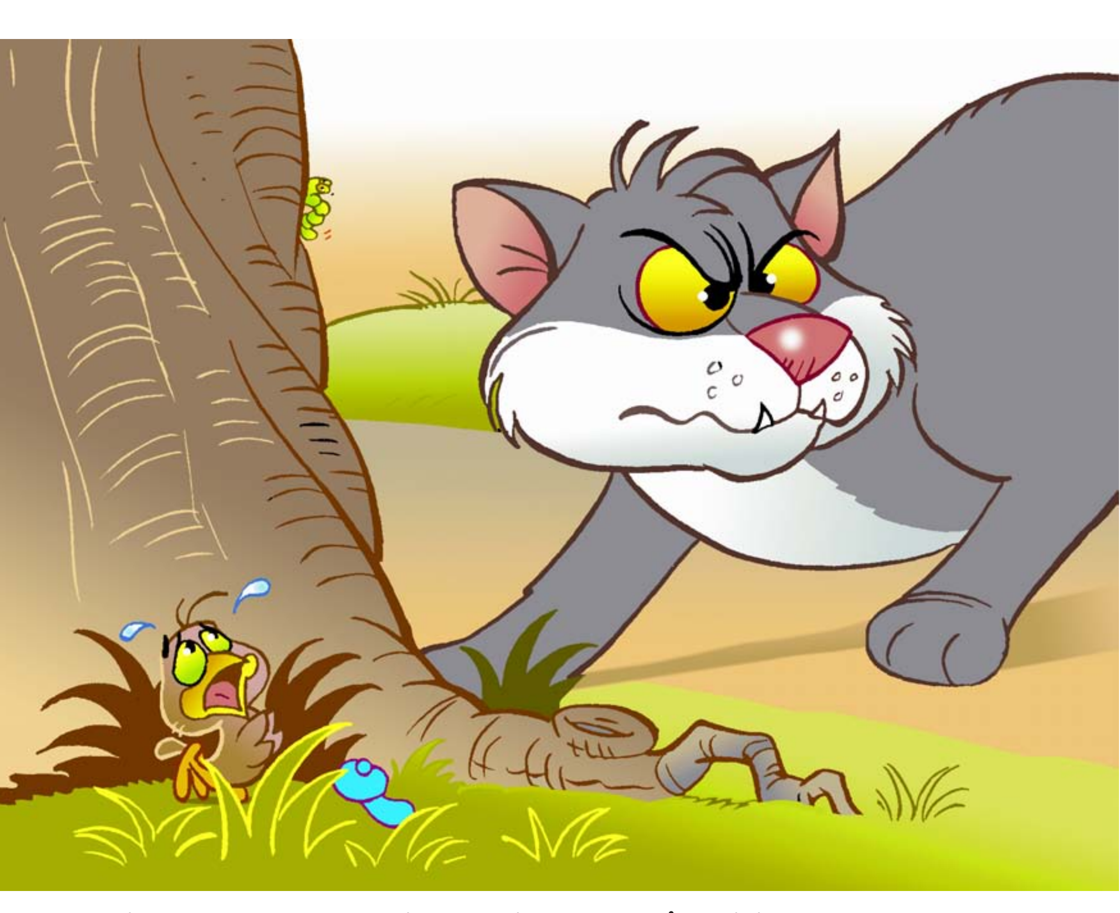
—Uy, esto no luce nada bien. ¡Recemos todos por Picotón! —propuso Chispita—. Jesús, guarda a Picotón. Rescátalo de ese temible gato y haz que pueda regresar al nido.

Abajo, en el suelo, el pequeño Picotón tenía sus propias preocupaciones. Había perdido la lombriz. Se había caído de su cómodo nidito. Sus papás no estaban, y se encontraba solito, indefenso, en el suelo, el sitio



más peligroso para un pajarillo. Se asomó por encima de las briznas de hierba y echó una mirada a su alrededor. Entonces divisó al feroz gato gris que caminaba hacia él. Se quedó paralizado. «Ahora sí que estoy en un aprieto», pensó. También él decidió orar. Lo hizo con más ganas que nunca, y se dirigió a Jesús con muchísimo respeto.

—Jesús, perdóname por haberme portado tan mal y haber sido egoísta y desagradecido. Te prometo que me esforzaré por cambiar. Protégeme, te lo ruego. Escóndeme para que no me vea ese gato. Y por favor, Jesús, haz que pueda regresar al nido.



El gato se acercaba cada vez más al lugar en que se hallaba Picotón, escondido entre la hierba. En cualquier momento lo descubriría. De repente, Chispita advirtió que su papá volaba hacia ellos, seguido de su mamá, y gritó lo más fuerte que pudo:

—¡De prisa! Picotón está en peligro. ¡Se acerca un gato!

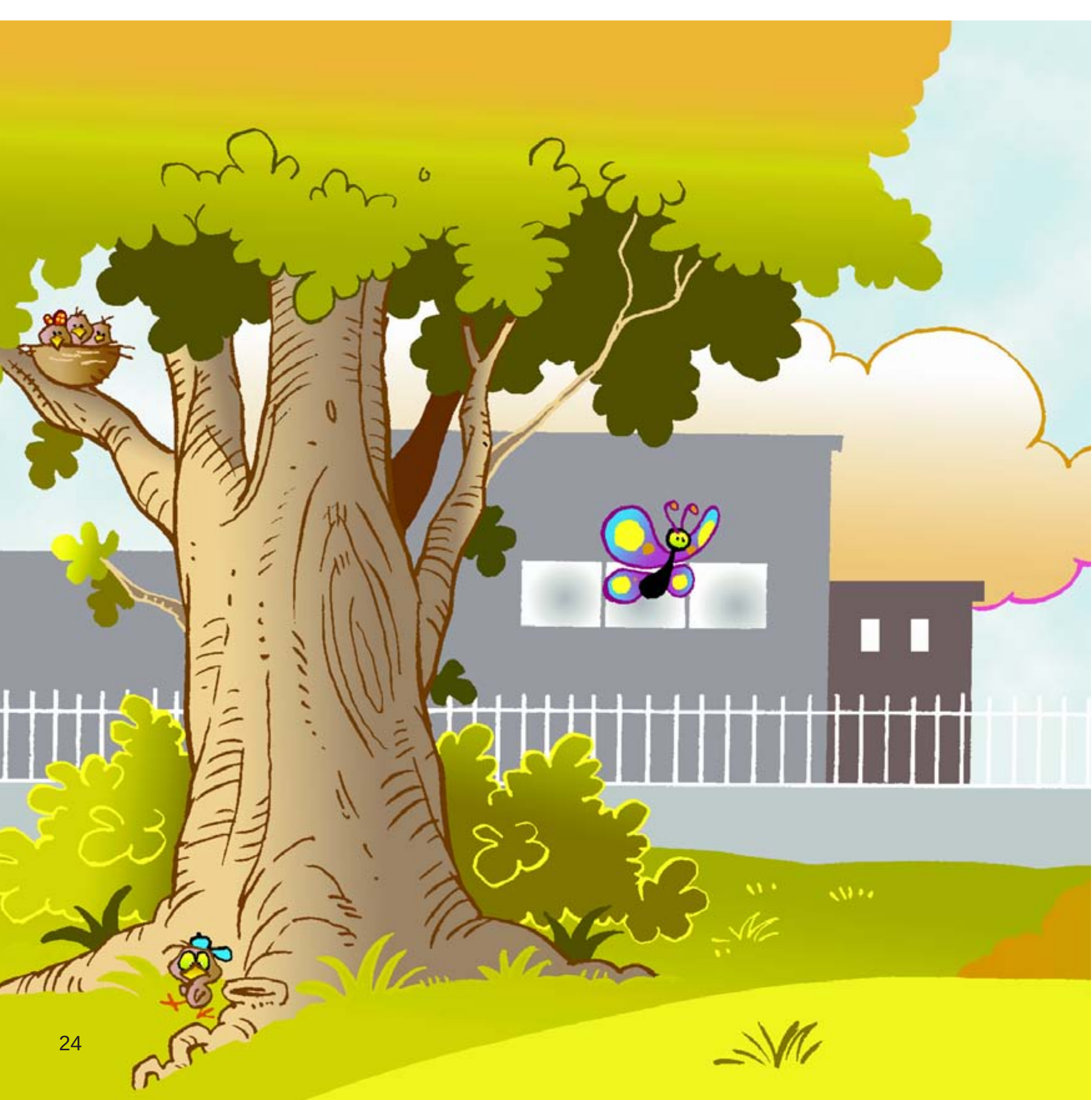
Papá, con su aguda vista, no tardó en descubrir al gato: estaba a punto de encontrar al pobre Picotón, que temblaba de miedo. Papá trinó con mucho vigor y enojo y se abalanzó hacia el minino. Dio muchos aletazos y le picoteó la cabeza.

Instantes después, mamá también atacó al gato. En vuelo rasante logró darle un picotazo y escapar antes que el felino la atrapara. Éste, sorprendido por tan repentino ataque desde el aire, echó a correr por el parque.



Los hermanitos suspiraron aliviados. Picotón estaba a salvo por el momento. No se iba a morir de hambre, porque papá y mamá le podían dar de comer en el suelo. Pero seguía estando en un sitio muy peligroso, y pasaría algún tiempo antes que aprendiera a volar.

Ocurrió entonces un milagro. Al otro lado del claro que había junto al gran roble, un anciano descansaba en un banco. Cuando vio a los petirrojos atacando al gato, intuyó que debían de estar defendiendo a una de



sus crías. El amable anciano se levantó y caminó lentamente hacia el roble. No tardó en descubrir a Picotón escondido en la hierba. Cuando se le acercó, Picotón quiso huir. Aleteó enérgicamente con la intención de escapar, pero no lo logró. Sin embargo, no corría peligro, ya que al anciano le encantaban los pajarillos.

—No tengas miedo, chiquitín —le dijo—. Jesús ama a los pajarillos, y yo también. Él sabe que te has caído y que corres peligro. Por eso me ha enviado a ayudarte.



Picotón, no sabiendo si podía fiarse de aquel gigante, abrió el pico y chilló. Papá y mamá miraban desde una rama próxima y también trinaron bien recio.

—Se te ve muy saludable y vivaz —dijo el anciano mientras se inclinaba para recogerlo—. ¿Está por aquí tu nido?

Entonces oyó un trino agudo que provenía de una rama. Era Chispita, preocupada por Picotón.



—Descuida, Chispita —dijo Colorao—. Creo que Jesús envió a ese amable señor para ayudar a Picotón. Es la respuesta a nuestras oraciones.

—Mira —dijo Guinda—. Ha visto nuestro nido y se está estirando todo lo que puede con Picotón en la mano. ¡Nos lo quiere devolver! ¡Gracias, Jesús, por contestar nuestra súplica!



—¡Listo! —dijo el anciano mientras colocaba a Picotón de vuelta en el nido.

Sonrió a los papás petirrojos y prosiguió con su paseo.

—¡Qué bueno es estar otra vez en casa! —pió Picotón—. ¡Perdónenme! Fui muy egoísta y muy poco amoroso, ¡pero ya escarmenté!

—Todos hemos aprendido mucho hoy —dijo Chispita—. ¡Me da la impresión de que en un solo día nos hemos hecho mucho mayores!

—Vamos —dijo Colorao—. Todavía tenemos una lombrizota que podemos saborear.



Así pues, todos se repartieron la lombriz. Papá y mamá miraban con orgullo a sus crías, muy contentos de que se portaran bien. A partir de ese día, los pequeños petirrojos se esforzaron mucho por ser amables y tuvieron muy buenos modales con sus papás. Cada vez que recibían un delicioso bocado, trinaban al unísono:

—¡Muchas gracias!





¿Te gustan los cuentos? A Dios también. Él ha creado a millones y millones de personas, y cada una tiene su vida que contar. Imagínate: ¡tu vida es un maravilloso cuento verídico que se está desarrollando ahora mismo! La vida no siempre es fácil, pero Dios te ama muchísimo y quiere que aceptes la ayuda que Él te ofrece. Desea llenarte de Su luz, amor, comprensión y felicidad, ahora y por la eternidad. Nos envió a Su Hijo Jesús para enseñarnos a ser más felices en este mundo, para que ayudemos también a los demás a serlo y para que un día vivamos felices con Él por siempre. Jesús quiere que le abras la puerta de tu corazón. Para ello basta con que hagas en este momento una sencilla oración. Pídele que sea tu amigo y ayudante, y lo será. ¡Que tengas una vida muy dichosa con Jesús!





Pasolento y Carrerín

Dos animalitos de carácter muy distinto pasan un día juntos en la feria y, a raíz de una peligrosa experiencia, se acercan a Dios y consolidan su amistad. ¡Todo con hermosas ilustraciones en colores que hacen las delicias de los niños!

LOS HÉROES DE LA GRANJA

La pollita Rita está aburrida y tiene sed de aventuras. ¡Poco se imagina lo rápido que va a cambiar la situación! ¿Cómo se convertirán ella y sus amigos en *héroes de la granja?*



Sucedió una Navidad...

Incomparable tesoro de cuentos para sentir en el hogar y en el corazón toda la calidez y el encanto de la Navidad. El simpático don Octavio, Pedro y su amiguita la sirena y otros muchos personajes de estos tiernos relatos harán de las Navidades ¡unas fechas inolvidables!

Apacienta Mis corderos

Jesús dijo: «Si me amas, apacienta Mis corderos». ¡Esta colección de siete libritos se ha concebido justamente con ese propósito! Presenta con abundancia de ilustraciones versículos simplificados de la Biblia, de forma que a los niños les resulte fácil aprendérselos de memoria.



Direcciones a las que se pueden solicitar publicaciones infantiles de Aurora:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

Conéctate
Casilla de correo 815
Correo Central 1000
Capital Federal
Buenos Aires
Argentina

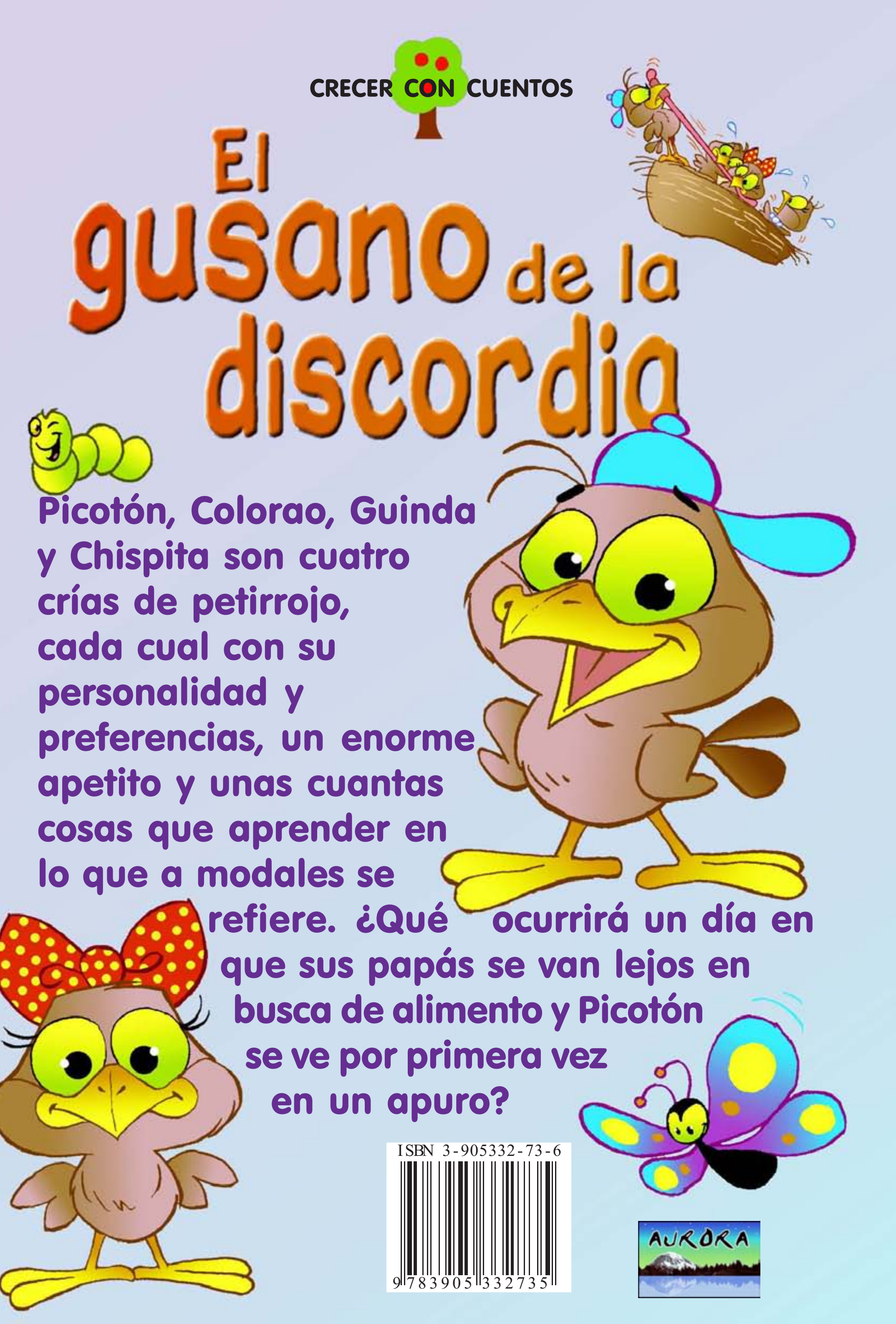
Conéctate
Casilla 14.982
Correo 21
Santiago
Chile

Conéctate
Apartado A. 85178
Santafé de Bogotá
Colombia

Activated!
P.O. Box 4307
Orange, CA
92863-4307
USA

Correo electrónico: conectate@conectate.org

En Internet: www.auroraproduction.com/castellano


CRECER CON CUENTOS
El gusano de la discordia
Picotón, Colorao, Guinda y Chispita son cuatro crías de petirrojo, cada cual con su personalidad y preferencias, un enorme apetito y unas cuantas cosas que aprender en lo que a modales se refiere. ¿Qué ocurrirá un día en que sus papás se van lejos en busca de alimento y Picotón se ve por primera vez en un apuro?
ISBN 3-905332-73-6
9 783905 332735
AURORA